



**LA NUEVA
AURORA DE CHILE**
; LUCE BEET POPULOS. SOMNOS EXPELLAT, ET UMBRAS!

Número 49 - Edición especial de Septiembre de 2020

EL COMBATE DE TRES ACEQUIAS

**4 DE SEPTIEMBRE DE 1821:
EL ÚLTIMO DÍA DEL HÉROE**

**CARRERA Y LA CELEBRACIÓN
DE LAS PRIMERAS FIESTAS PATRIAS**

Gaceta digital LA NÚEVA AURORA DE CHILE

Representante legal: Ana María Ried Undurraga

Director: José Miguel Alcalde Undurraga - Director Editorial: Cristian Salazar N

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile - (56 2) 277 5730 - josemiguelcarrera.cl - info@ijmc.cl

4 DE SEPTIEMBRE: DEL AMANECER AL CREPÚSCULO

Nelson Leiva

Entre los variados acontecimientos nacionales, encerrados en el largo y tortuoso proceso de Independencia y construcción de Estado, existen hechos que a opinión pública y por “omisión” historiográfica, arrastran un caudal de pasiones para bien o para mal. Sobre este tipo de hechos, las generaciones actuales, y aún más las futuras, tienen el deber de escarbar y remover piedra por piedra para encontrar el génesis del “porqué” de algunos prohombres han sido elevados en pedestales y han llenado páginas de preferencia en contundentes volúmenes de historia, por sobre otros que han sido relegados y dejados en el patio trasero del salón de los triunfadores.

Es necesario preguntarse: ¿Qué tan merecidos sonde estar en el salón de oro de la posteridad? ¿Es justo minimizar, postergar y opacar los actos de otros involucrados en el proceso?

Como sea, el flamante salón de oro de los vencedores, construido sobre no muy robustos cimientos y de dudoso material, labrado a sangre, fuego, pólvora e intriga y reparado en el tiempo por historiadores liberales (con cargo político) del siglo XIX, hoy se tambalea y cae por la vorágine de la información e inmediatez con que se accede a documentos, libros y relatos, que hasta hace un par de décadas se mantenían en los círculos herméticos del conservadurismo académico.

Entre este torbellino y “remoción de escombros” del nuevo siglo, reaparece la figura de José Miguel Carrera; se levanta silente, paso a paso por sobre las páginas de libros olvidados, con vigor y nuevos bríos mira las generaciones futuras, como también observa el pasado y los errores cometidos. Esta vez, su mirada a Chile no es para un adiós, como lo fue al encumbrar la cima de los Andes en octubre de 1814; esta vez, es una mirada de reencuentro con el pueblo, el que hoy clama su figura y lo reclama con el justo título del primer

arquitecto del Estado Nacional, el que fuera borrado de la historia portando la “fúlgida diadema de genio”.

Hoy el ciudadano común, el ciudadano a pie, necesita más que nunca de nuevos referentes de su historia, y es ahí donde hoy más que nunca, se eleva el nombre de Carrera por clamor popular, tanto como un líder político y militar, como también un líder y ejemplo de las virtudes ciudadanas. La memoria revolucionaria de Carrera; el joven patricio, luchador incansable por sus ideales y convicciones, quien fue capaz de sacrificar su propia felicidad por el bien común, que no es más que la Patria próspera, plena y justa para todos; hoy penetra en el inconsciente de las generaciones y siembra la semilla del árbol más abundante de frutos.

¿Fue un revolucionario? Claro que sí, desde el punto de vista ciudadano y castrense, se manifestó desde el primer momento que volvió a pisar suelo chileno, después de una larga ausencia, en la que hizo valer su arrojo en los campos de batalla de España y cumpliendo los servicios requeridos por el Rey de las colonias de Hispanoamérica.

1811

Desde su arribo a Chile, un 25 de Julio de 1811, llegó con otro esquema mental, espiritual y otros planteamientos de justicia, a causa de que vivió y vio “in situ” la decadencia del imperio (Invasión Napoleónica), la obsolescencia de un modelo político y económico que ya era insostenible y que no estaba acorde a los términos comerciales y de explotación que sobrellevaba Chile (términos dictados desde ultramar y con un desfase de meses, hasta años), el que solo y únicamente beneficiaba y perpetuaba el control de distribución de caudales en unos pocos; la Aristocracia (a la cual pertenecía) y en la llamada “burguesía mercantil” que avanzaba a pasos agigantados escalando

españoles en cargos públicos, regencias y magistraturas de la incipiente nación.

En este panorama político, un joven Carrera llegaba al puerto de Valparaíso, portando bajo el brazo los pergaminos de haber cumplido su deber militar y una foja más que destacada (participando en 13 batallas contra las filas de Napoleón y con el grado de Sargento Mayor de Húsares de Galicia). En la larga travesía oceánica es muy probable que haya replanteado su suerte, al corroborar lo inconexo de la realidad del dominio monárquico, frente a la realidad del vasallaje de una nación que se erigía desde lo medular; el productor, el labrador, el artesano, el menestral, el ciudadano, el pueblo.

El escenario en que irrumpió José Miguel Carrera no era el de los más apacibles, en el emergente Estado Nacional predominaba un clima de agitación y descontento por la elevación arbitraria de los diputados por Santiago de 6 a 12 y la negativa de dividir el territorio en 3 intendencias (Coquimbo, Santiago, Concepción), lo que provocó un serio desequilibrio en la representatividad de las provincias, lo que ponía en confrontación las bases del “Derecho

de los pueblos” (control de procesos productivos y la soberanía de los cabildos) contra las bases de una política mercantil, en las que se pretendía construir un estado centralista y monopolizado, el que conservaba y mantenía en su trasfondo las bases comerciales dependientes del Rey (liderados por Juan Antonio Ovalle, José Manuel Infante y Agustín Eyzaguirre). Esto provocó un resentimiento generalizado y una reacción en cadena, no solo en las provincias y sus representantes (renunciaron 12), sino también en un sector de la capital que aspiraba a una ruptura radical con el Rey y un control igual o mayor al que poseían los representantes activos del sector mercantil en el Congreso y en el Ejecutivo.

Las aspiraciones de esta nueva facción (ligada a la familia Larraín), quienes además de poseer cualidades mercantiles también poseían las letradas, configuraba un conflicto aún más antagonista.

Este nuevo dilema de poder desencadenó la reacción del nuevo partido, en el que se generalizó el descontento del pueblo por una política verdaderamente representativa, como también generó el disgusto en los Cabildos de provincia y la reacción de los oficiales con mando de



tropa (Juan José y Luis Carrera), todo esto conformó una insurrección en contra del Congreso, quienes imponían sus decisiones sin consultar a los pueblos y sus representantes.

Entre todas estas asperezas políticas llegó Carrera a Santiago, en medio de una conjura por el escándalo político producido por la actitud de “facción” tomada por los diputados de Santiago, la que era rechazada enérgicamente por los diputados de Provincia y por conspicuas familias de la capital (Juan Enrique Rosales, presbítero Joaquín Larraín y toda su familia).

El movimiento de asonada “popular” estaba planeado, pero con la llegada de José Miguel, quien poseía un distinguido prestigio militar foráneo, se postergó y dio tiempo a que éste se orientara del corriente de los sucesos, para poder así compenetrar una revolución y cambiar el croquis por uno decidido y efectivo. Sin duda, José Miguel era el más indicado para tomar las riendas de la revuelta y sus decisiones fueron definitivas para llevar a cabo un movimiento de esa envergadura.

Desde épocas pretéritas las revoluciones y cambios los hacen las juventudes, porque son ellos quienes históricamente han tenido las herramientas, el arrojo, resolución e ímpetu, y en este caso, José Miguel tenía esas cualidades de sobra para liderar a los jóvenes de la capital.

El día escogido para el levantamiento definitivo fue el 4 de septiembre de 1811, mismo día que marcaría en su línea de tiempo personal el *da capo* y *al coda* de su vida pública, como una profecía decretada que sella el destino del adalid o la estrella.

Durante las primeras luces del día 4, el oriente se teñía de un color rosa. José Miguel se levantó muy temprano y se dirigió al patio interior de su casa para inspeccionar las armas y municiones que se habían ocultado en los cuartos de servicio y del peonaje. El fondo del patio tocaba con el fondo del cuartel de artillería, pronto llegarían unos 70 granaderos encargados de tomarlo por la espalda. Juan José se encargaría de advertir a estos soldados que artilleros y milicianos del Rey confabulaban planes contra ellos y era necesario

demostrar de que estaban hechos los cuerpos de línea, reduciendo por las armas, si era necesario, a los malos soldados. La ignorancia e incertidumbre crecía en la tropa, y hasta cierto punto, beneficiaba el motín, de modo que bastaron unas pocas palabras de José Miguel para convencerla de los altos intereses de la patria y que el ejército requería de sus servicios y sacrificio. Para concretar el plan faltaba anular a la guardia y al retén de artillería, de esto se encargó Luis Carrera y los sargentos Ramón Picarte y Pablo Duarte, quienes quitaron los fusiles y redujeron a la guardia para que no diera aviso del motín.

Para entretener la atención de los soldados, José Miguel ideó un pintoresco plan del que se encargaría cuando fuera el momento necesario. A las doce del día salió de su casa, se presentó en la esquina poniente de la Casa de Moneda llamando la atención de no muy poca gente, engalanado con el uniforme de Húsar y montando un brioso caballo, comenzó a ejecutar ejercicios de caballería que deslumbraron a los transeúntes, a tal punto que los artilleros se congregaron a disfrutar de su demostración. Tal destreza y apostura marcial demostró sobre el caballo, que quienes lo conocían por alguna referencia; como un bizarro oficial de la guerra en la Península que había llegado hace unas semanas y que era hijo aventajado de don Ignacio de la Carrera, le hizo por el tiempo necesario no despegar la mirada y observar con asombro el espectáculo de caballería. Entre aplausos y desconcierto, sonaron las campanas en la Iglesia que avisaban el mediodía, el momento había llegado y estaba todo dispuesto, eran los últimos vientos de invierno y ese día una brisa helada se sentía en el aire, por las venas de los 3 hermanos el fuego incendiaba su ánimo, era un todo o nada.

Juan José entró con los granaderos en el cuartel eludiendo una puerta y al instante se desplegaron, mientras otros desarmaban y quitaban los fusiles a los centinelas. Luis Carrera tomó detenido a un oficial de guardia y lo encerró en una habitación. Desde ese punto corrió espada en mano a colocarse por sobre las armas y amenazando a viva voz con la muerte a quien se interpusiera en su camino.

El movimiento seguía su curso, se apoderaban de puntos estratégicos cuando en un instante el sargento

Ambrosio González apuntó su fusil a Juan José y al grito de *¡Traición!* un granadero amigo, Manuel Fredes, cubrió con su cuerpo a su comandante mientras éste hería a González con la última descarga de pistola.

Los revolucionarios habían triunfado, se envió a arrestar al comandante Francisco Javier Reina y al capitán Ugarte de artillería para impedir que su presencia menoscabara el motín. Los hermanos Carrera estaban en posesión del cuartel de artillería y con este acto, se convertían en árbitros del acontecer, dando voz a las armas e imponiendo un militarismo oligárquico pero con un profundo trasfondo ciudadano, tornándose todo aún más intrínseco. Sin embargo, el plan no estaba aún resuelto totalmente, tarde o temprano se esperaba una reacción de los milicianos del Rey que estaban reunidos en el palacio del obispado, por lo que se tomaron rápidas medidas para suprimirla. Al tener posesión de las piezas de artillería y los cañones, se dispuso a rendición al regimiento de milicias, de lo contrario, serían presos del vómito de metralla que estaba en camino, de esta manera se terminaba por consumir el movimiento.

Desde el Congreso y el Ejecutivo, la sorpresa fue mayor, al confirmar que las puertas estaban protegidas por cincuenta granaderos y estos impedían el acceso a la guardia oficial, además de contener al enardecido “pueblo” de Santiago, mientras que en el Congreso se ubicaron 6 piezas de artillería en contra de la sala.

Previo a este movimiento, José Miguel se presentó ante la asamblea y dio a conocer los términos de la revolución, se pidió que en reunión cabildante el pueblo dejara por escrito sus peticiones. Bajó a la plaza y a viva voz repitió los deseos de la junta de corporaciones, al instante se acercó el presbítero Joaquín Larraín, Francisco Ramírez y Carlos Correa y le entregaron una cuartilla de papel con las “peticiones del pueblo”. José Miguel les dio lectura en voz alta y cada una fue recibida con vítores por los adictos al partido de la casa Otomana (Larraín). Luego pasó al Congreso a enterar de las peticiones, las que exigían en lo medular, la separación de sospechosos y contarios al sistema, designar una nueva Junta de Gobierno y reducción de diputados por Santiago de doce a siete. Algunos resistieron las exigencias, pero fueron

persuadidos con un poco de presión a la fuerza, varios se retiraron disgustados de la sala y con un sentimiento de revancha.

En horas de la noche en la casa Otomana se llevaron a cabo las celebraciones por la revolución, las que resumían los deseos de control de los cargos. La junta quedaba constituida por Juan Martínez de Rozas, Juan Enrique Rosales, Juan Mackenna, Gaspar Marín, Martín Calvo Encalada y secretarios José Gregorio Argomedo y Agustín Vial, todos de la coalición Larraín; ningún Carrera quedaba ligado a algún cargo público.

De esta manera el Congreso instalado el 4 de julio llegaba a su fin, la representación de Santiago volvía a estar en “proporción” con las otras provincias y el presbítero Joaquín Larraín junto a Álvarez Jonte desde Argentina, manejaban con finos hilos el Congreso para contar con la mayoría del partido exaltado (de su facción) en las butacas, determinar las reformas a convenir y moldear las futuras alianzas con el Río de La Plata. Las designaciones recaían en una sola familia y las representaciones permitían perpetuarse en el control del Ejecutivo y Legislativo. José Miguel tenía muy claro que tal ilegalidad era una burla al movimiento ejecutado el día 4, en el que su valentía e influjo fueron utilizados como un mero instrumento para la ascensión de escaños en el poder de una sola familia.

Dos meses y medio después, la “presidencia de las bayonetas” cumpliría la misión inconclusa del día 4 y terminaría por modelar un proyecto de gobierno, que si bien fue autoritario, poseía representatividad plena de las provincias. El prolífero año 1812 terminaría por cimentar las bases de la República de manera transversal y es en esta época cuando la figura de Carrera, con tan solo 27 años, brilla como un líder político innato. La verdadera revolución y sus sacrificios de a poco rendían sus frutos; frutos que José Miguel no alcanzaría a saborear, debido a que su vida se pondría cuesta arriba de ahora en adelante, y por el siguiente decenio, hasta el fatídico día del 4 de septiembre de 1821 que pondría fin al revolucionario que rompió las cadenas de la tiranía.

Una década es lo que abarca su vida pública, donde

vivió todo tipo de experiencias; el júbilo de la gloria, los sin sabores de la derrota y la amargura del destierro. En esos diez años de vida conoció la realidad de otras culturas en tierras extranjeras, conductas y modelos de política diferentes, logró por medio de contactos y gran poder de persuasión armar una escuadra naval, que con su sola presencia en las costas, podría barrer del Pacífico a los enemigos de la libertad americana. Fue preso en tierra extranjera y en el exilio conoció el amor más fiel de su amante esposa, la lealtad de sus verdaderas amistades y la muerte de sus seres más amados. Hizo la revolución en el Río de La Plata, ante sus ojos pudo ver y vivir la turbulenta vida de un forajido; viviendo en el ostracismo se hizo mucho más fuerte, donde hizo gala de la perseverancia y afiló como un cuchillo la pluma certera, la que provocó la caída de sus más feroces detractores. Fue protagonista de las guerras intestinas argentinas, donde se abanderó con la causa Federal y fue uno de los artífices del Tratado del Pilar (base de la constitución federal que rige hasta hoy). Las persecuciones de enemigos lo llevaron a vivir al límite y fuera de las leyes del mundo civilizado que conocía; convivió con los indios ranqueles en la pampa, los que lo elevaron como su *Pichi Rey*, fue perseguido sin cuartel en las provincias trasandinas por anhelar una patria soberana y libre de influencia foránea, le negaron el paso expedito y el regocijo de encumbrar los Andes de regreso a Chile.

Su vida pública no fue coronada con el título que se merecía, sino todo lo contrario: fue inmolado injustamente y víctima de las más bajas pasiones de la época, apagando así, la luz de uno de los más grandes genios que ha dado el suelo de Chile.

1821

El triste último capítulo de su vida se llevaría a cabo no muy lejos de la puerta Oriente de Chile, desde el otro lado de la cordillera, agotaba sus últimas fuerzas y quemaba su espíritu por el anhelo de Libertar Chile.

Reducido y mermado el ejército de Carrera en Punta de Médano por las huestes de Albino Gutiérrez, a escasas leguas de Los Andes, con el único fin de lograr el desafiante plan de retornar a Chile, las escasas tropas sobrevivientes junto al General se replegaron

hacia Jocolí para reagruparse luego del desastre en que sucumbieron sus fuerzas en la derrota final. En este lugar se llevó a cabo la infame traición de los oficiales, encabezados por el coronel Manuel Arias y el oficial Inchaustu.

El General Carrera fue tomado preso, le pusieron grilletes y fue encaminado junto a una guardia rumbo a Mendoza. El precio de su cabeza tenía un alto importe, y solo los hombres faltos de honor fueron capaces de morder la mano de quien les tendió su brazo amable, cuando ningún ejército de las Provincias Unidas podía tener bajo su alero a soldados tan insubordinados y canallas.

Al momento en que Carrera fue tomado preso, el fiel Comandante José María Benavente logró escapar del motín de oficiales traidores, escapando rumbo hacia las chácaras de Guanacacho, deambuló lo que más aguantó su débil caballo, hasta que fue encontrado a pie y buscando agua, fue tomado preso por los oficiales que llevaban la comunicación hacia Mendoza de la tan ansiada detención de Carrera.

El relato de los hechos posteriores, es justo que sean los verdaderos testigos oculares y vivenciales de la época los que lo continúen, en un extracto de la relación que hace José María Benavente se detalla sus últimos días:

Me entregó don Pedro Molina, que me conducía, al carcelero Correa, quien me hizo remachar una barra de grillos de enorme peso y me condujo al sótano. Aquí estuve solo hasta las once de la noche, en que llegó el General Carrera y don Felipe Álvarez. El general me contó esta noche todo lo que le había sucedido después del suceso en que yo por mi escape no me encontré. La relación que me hizo poco más o menos fue ésta:

Que luego que había notado el movimiento, se pensó que alguna partida enemiga protegida por la obscuridad por la noche se hubieran aproximado, que para salvarse mejor y dar ánimo a la tropa había echado mano al sable y preguntado: ¿A dónde están los chilenos? Que entonces se había visto rodeado de hombres que decían: aquí estamos, traiga Ud. su sable y pistolas, que Ud. está preso. Que

conoció entonces a los oficiales Inchaustu y Moya y algunos soldados, que poniendo mano al sable le obligaron a ponerse en tierra, que le pusieron a un cabo y algunos soldados que cuidaran su persona mientras aseguraban a los demás pero que todos estaban sorprendidos, que lo más que hacían era suplicar.

Que fue luego conducido a una casa donde pasaron la noche ocupándose los traidores en dirigir sus partes al ejército y ciudad, poniéndole una buena escolta.

Que el día siguiente se pusieron en marcha y llegaron a Yacolí y pasaron de allí sin detenerse a la Quinta de Segura donde esperaban las tropas de Mendoza. Que luego fue despojado de su caballo, dinero y fuertemente amarrado y entregado al oficial Videla, quien lo insultó lo mismo que el oficial Arellano. Que así fue conducido hasta la casa del Gobernador, cuyo señor lo recibió con otros señores y le dijo: Ya ve Ud. que lo recibo con acompañamiento, como a un hombre grande.

A lo que contestó:

“Señor Gobernador, nada tengo de grande, pues

como a un hombre célebre. Tampoco, señor, sólo si soy celebre por mis crímenes”.

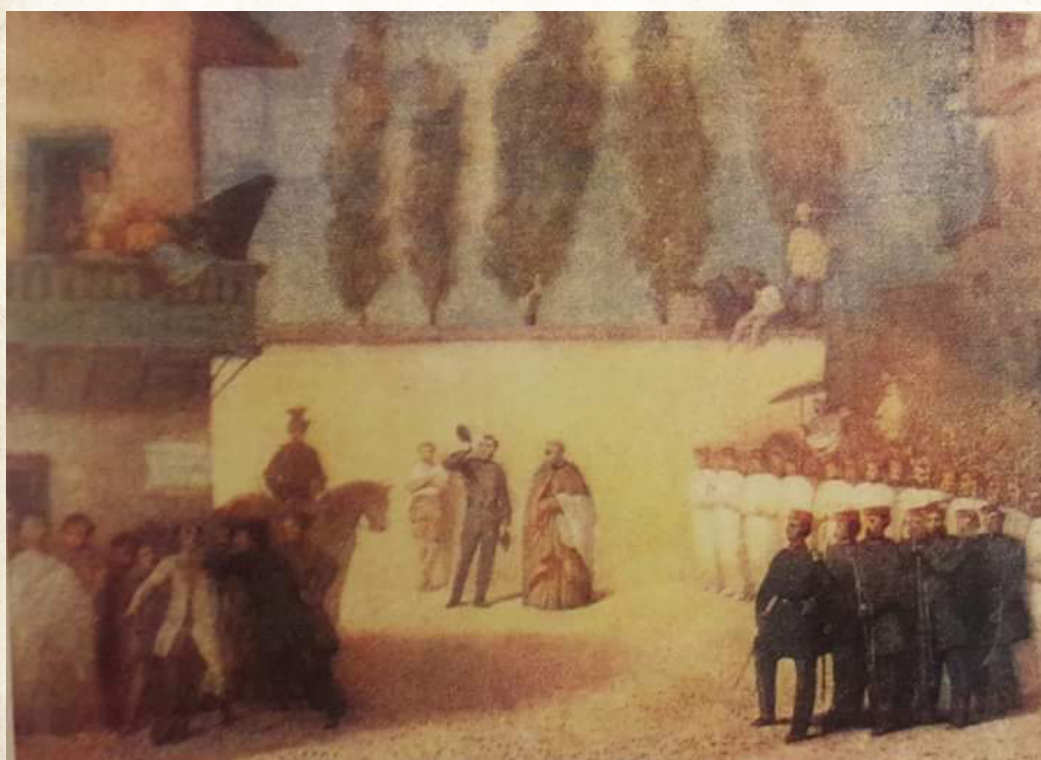
Calló el Gobernador y dio orden que lo condujesen a la cárcel y le remachasen una barra de grillos, lo mismo que a don Felipe. Que a su entrada a la cárcel había recibido algunos insultos principalmente de un señor Conil.

Pasamos sin más ocurrencia la noche del 1° de Septiembre. El 2, a las ocho de la noche, nos sacaron del sótano y fuimos conducidos a una pieza donde, nos esperaba el mayor Cabrero, el teniente Chepado y el mayor de Plaza, Corbalán. Cabrero, como fiscal, nos hizo saber que debíamos nombrar defensor. El general tomó la palabra y dijo: “que era impropio nombrar defensor sin haberse formado la causa, que ignorábamos los cargos que se nos hacían, que no sabíamos en que podíamos apoyar nuestra defensa a no ser que nos exigiese que nos acusásemos y fuésemos fiscales de nosotros mismos. Que si era con la intención de fusilarnos era bastante y más propio un decreto por el cual se mandase ejecutarlos”.

Cabrero dijo: que era preciso cumplir la orden que se le había dado. Le dijo el general que si no conocía la informalidad, pero que por cumplir nombraría, si conocía, algunos oficiales del país.

Se nos nombró a algunos y el general eligió a don Bruno García, que le dijo Cabrero era tenido en el pueblo por su amigo; yo nombré a don José María Reyna, y don Felipe Álvarez a don Julián Corbalán.

Extendió el escribano los oficios de estilo para los nombrados, en ellos se leía la expresión de: acusados de delitos de lesa Patria.



Ninguno por supuesto, admitió, y después de algún rato fuimos conducidos al sótano, donde no ocurrió hasta el 3 nada nuevo. Ese día, a las ocho de la noche, volvió el juez fiscal acompañado del escribano, nos mandó a parar y nos leyó la sentencia concebida poco más o menos en estos términos:

“Y vistos conformándome con el parecer del consejo de guerra, serán pasados por las armas, en el término perentorio de 16 horas, el brigadier don José Miguel Carrera, el coronel don José María Benavente y el de igual clase don Felipe Álvarez.”

Mendoza, etc.- Tomas Godoy Cruz”.

El general pidió hablar con el cura Peña y creo con la señora madre de su esposa; contestó Cabrero que vería pero se nos cerró el sótano y no fue abierto hasta las 6 y media del día 4. A esta hora entró mi hermano Juan José y nos dijo que no había remedio, que íbamos a morir. Volvió el general a instar por la vista de Peña que quería disponerse con él y comunicarle asuntos de su familia.

Se le dijo que Peña estaba enfermo y lo mismo su suegra, que no podían venir, pero que afuera esperaban religiosos. Pidió entonces papel y tintero para escribir a su mujer y me dijo que pensaba recomendarla a los señores O’Higgins y San Martín para que se le volvieran sus intereses; a mí me hizo otros encargos de su familia. Se le trajo papel y tintero y principió la carta para su mujer en estos términos:

“Sótano de Mendoza. Mi adorada pero muy desgraciada Mercedes: Un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste; ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros cinco hijos, en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres. No sé por qué causa se me aparece como ángel tutelar el oficial Olazábal con la noticia de que somos indultados y que vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y el viejecito Álvarez que nos acompaña...”

Miro con indiferencia la muerte, sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y mis tiernos hijos, despedaza mi corazón.

A Dios! A Dios!”

Nos quedamos como un cuarto de hora en esta suspensión, pero luego fue funesto nuestro consuelo.

Se despidió Olazábal con mil demostraciones de ternura y nos prometió venir pronto a visitarnos. Muy poco rato después fue llamado el general por Correa a nombre del mayor de la plaza. Don Felipe había ya salido a disponerse y yo solo me quedé en el sótano, donde no supe más de mi amigo hasta que oí la descarga... Yo debía haber muerto, por gracia a mi hermano, dentro de la cárcel, a cuyo fin entró la tropa destinada a la ejecución que fue revocada en estos momentos.

Por lo que respecta a los últimos momentos de Carrera, corren diferentes versiones. Entre lo que han escrito los historiadores, se dice que solicitó del mayor Barcalá que le permitiera dar la voz de fuego. Lo que no pudo acceder, pero sí que permitió que no le vendasen los ojos. Carrera pidió que escogieran buenos tiradores y que dispararan al corazón, que el mismo les indicó, poniendo sobre su corazón la mano con un pañuelo.

Igualmente corren versiones de que una dama que había sido novia del General Bruno Morón (quien fuera derrotado y muerto en la batalla de Río Cuarto), lo culpó, y otra que lo saludó desde un balcón, a lo que Carrera respondió quitando su gorra y diciendo “Pueblo bárbaro, donde se ha visto que mujeres asistan a semejante espectáculo”

Preferentemente me inclino por lo que escribió su confesor y quien lo acompañó hasta la plaza de Mendoza, Fray Benito Lamas:

Me tocó la suerte también de acompañar al General don José Miguel Carrera. ¿Y cómo se va a esta ceremonia? me preguntó. ¿Con el sombrero puesto o quitado? Con el sombrero quitado le dije, porque se debe reverencia a este crucifijo que lleva Ud. en la mano, imagen de Dios. Llegamos al umbral de la

Cárcel. Había que bajar unos escalones y yo le ofrecí mi brazo. No, me dijo, dirían que tengo miedo. Y a pesar de los gruesos grillos que le oprimían los pies, de un salto salvó, que yo que tenía desembarazados los míos no me habría atrevido a darlo. Si hubiéramos marchado directamente al sitio de la ejecución, el tránsito hubiera sido de pocos pasos; pero sin duda, con el objeto de que Carrera recorriese el cuadro, hicimos un rodeo. Durante él, caminaba Carrera con la vista alta mirando con desdeñosa sonrisa a las tropas que estaban formadas. Me acerqué a él y le recordé que ese no era el modo de la contrición cristiana y que fijase la vista en el crucifijo: “Padre, me contestó, no se canse Ud. no me ha de hacer abandonar mis principios”. No quise en consecuencia hacerle más observaciones sobre este punto, pero no había pasado un minuto, cuando uno de los R.R.P.P. mercedarios de la comitiva, salió de entre sus compañeros y le dijo: “Hermano mío, clave Ud. los ojos en la imagen de nuestro señor Jesucristo”. ¡Qué padre afligido! Le replicó Carrera y el mercedario se retiró con la cara ardiendo. Se sentó en el banquillo, y en vez de demandar perdón al pueblo de Mendoza como yo se lo había aconsejado, dijo en voz altísima: “MUERO POR LA LIBERTAD DE AMÉRICA!”. Cayó sin vida y el doctor don Clemente Godoy (padre de Godoy Cruz), que estaba a mi lado, me dijo... Ha muerto cómo un filósofo.

Como digno broche de este crimen de Estado, se estampó en el certificado del proceso:

En Mendoza a 4 días del mes de septiembre de 1821, yo el infrascrito secretario, certifico que en virtud de la sentencia de ser pasado por las armas el Brigadier don José Miguel Carrera y el Coronel Felipe Álvarez..., fueron fusilados y después de haberseles cortado cabeza y manos al primero, y sólo la cabeza al segundo, fueron entregados sus cuerpos, etc. etc.,

firmado José Cabrero

El brazo que sostenía la mano con que se firmaron tantos oficios, cartas, documentos de vital importancia para la independencia de Chile y aprobaciones de estatutos, fue colgado bajo el reloj de la plaza y la

cabeza de quien fuera nuestro primer Director de la Junta de Gobierno y primer General del ejército de Chile, fue exhibida en el cabildo a merced de aves rapaces y alimañas; la misma cabeza de donde salieron las más brillantes ideas y avances en la construcción de un Estado soberano y de quien promulgó la primera Constitución de Chile, pionera en Latinoamérica; esa misma cabeza que proclamó la Federación en Argentina y se le atribuye haber redactado el Tratado del Pilar, base de la Constitución Argentina; esa misma cabeza fue colgada a modo de escarmiento a los pueblos y las generaciones, exhibida como vil trofeo, dando catedra de conductas medievales y bárbaras, propias de animales y de un Gobierno falto de virtud ciudadana.

De esta manera concluye la epopeya en la vida política y militar de Carrera, así finalizaron los 10 años de batalla y defensa de sus ideales y convicciones, desde su brillante aparición en las esferas públicas en Chile hasta el ocaso de sus últimas batallas en las Provincias Unidas del Río de la Plata.

De alguna manera, el primer acto cívico militar en Chile del 4 de septiembre de 1811 estaba predestinado cronológicamente con el día del cadalso en Mendoza del 4 de septiembre de 1821.

Se dice que los grandes hombres que dejan huella en la historia no poseen el don de la longevidad, y José Miguel en este caso, no está exento.

“Only the good die young”

A 199 años de la muerte del insigne ciudadano chileno, creo fielmente que aún se nos debe una honesta e importante explicación de parte de la República Argentina sobre este crimen de Estado sin precedentes.

Bibliografía:

- *Ostracismo de los Carrera* – B. Vicuña Mackenna. 1857
- *Independencia de Sudamérica Hispana* – Eulogio Rojas Mery. 1946
- *Historia General de Chile* – Diego Barros Arana – 1881
- *Biografía del Brigadier José Miguel Carrera* – Tomás de Iriarte. 1863
- *Construcción de Estado* – Gabriel Salazar. 2006

ENSAYO SOBRE LA BATALLA DE LAS TRES ACEQUIAS

Emilio Alemparte Pino (QEPD)

“Todo lo que pueda comprometer la suerte de la Patria y aventurarla al riesgo de caer en manos enemigas, debe evitarse como el mayor de los males. El enemigo observa nuestras disensiones, subyugará a ambos y triunfará de nuestras imprudencias”.

José Miguel Carrera

El Tratado de Lircay, firmado el 3 de mayo de 1814 entre el Brigadier Gabino Gaínza, Comandante de las fuerzas españolas y por el bando chileno, el entonces Presidente de la Junta de Gobierno de Chile, Francisco de la Lastra y el jefe del Ejército, don Bernardo O’Higgins; trajo consecuencias nefastas para la causa patriota.

Sus términos produjeron una enconada escisión en la opinión pública del país, puesto que reconocía a Chile como una parte integrante de la monarquía española, aunque comprometía a las fuerzas realistas a abandonar el país en un plazo de 30 días.

Además, el Presidente De la Lastra abolió la bandera de la Patria y el uso de la escarapela nacional y decretó izar el pabellón español, incluso en el ejército chileno. Las tropas realistas nunca abandonaron el territorio. El Virrey del Perú no sólo rechazó los términos del Tratado, sino que también, organizó una potente expedición bajo el mando del General Mariano Osorio, con instrucciones de unirse a las tropas realistas y aplastar todo intento de independencia o autogobierno en el “Reyno de Chile”.

Don José Miguel y don Luis Carrera, que se encontraban en Chillán como prisioneros de los españoles, logran escapar y entrar a Talca, ciudad en la que se encontraba acantonado en ejército al mando del General

O’Higgins, quien los recibió con fría cortesía.

Al día siguiente, con la venia de aquel, continuaron su viaje a Santiago.

Al enterarse de estas novedades, De la Lastra ordena la detención de los hermanos Carrera quienes, a su vez, se refugian en la hacienda de su familia en El Monte. Desde ahí, inician contactos con los numerosos patriotas descontentos con el Tratado de Lircay y con el gobierno de de la Lastra.

En la madrugada del 23 de Julio de 1814, los hermanos Carrera ingresan furtivamente en la capital, toman el mando de la pequeña guarnición militar y esa mañana, apoyados también por gran cantidad de ciudadanos, avanzan sobre la casa de gobierno y deponen a la Junta presidida por De la Lastra.

Carrera convoca a un Cabildo de autoridades y estos eligen una nueva Junta de Gobierno, presidida por don José Miguel y por el Presbítero Julián Uribe y don Manuel Muñoz y Urzúa.

El General O’Higgins desconoce a la nueva autoridad y avanza amenazante hacia Santiago para enfrentarla con las fuerzas bajo su mando.

En esos momentos, ambos jefes se enteran del desembarco en Talcahuano del General Osorio con poderosos refuerzos y armamento para el ejército realista, incluido el aguerrido Regimiento de Talavera.

Carrera toma la iniciativa y trata de buscar una alianza con O’Higgins para enfrentar al enemigo común, enviándole una carta que en uno de sus acápites expresa:

“Mi amigo, no sé si puedo hablarle aún con este lenguaje que es verdadero y no disto de serlo. No sé si es usted o yo el loco y desnaturalizado chileno

que quiere envolver a la Patria en sus ruinas, pero lo cierto es que no procederé y que usted no debe proceder sin que antes nos estrechemos las manos e indagemos la verdad. Salvemos a Chile o seremos odiados eternamente.

Este llamado no obtuvo respuesta alguna por parte del destinatario, quien continuó su avance. Carrera insistió enviando como mediador al Doctor Paso, representante de Argentina en Chile. En uno de los párrafos de la carta que el diplomático portaba, don José Miguel dice textualmente:

Todo lo que pueda comprometer la suerte de la Patria y aventurarla al riesgo de caer en manos enemigas, debe evitarse como el mayor de los males. El enemigo observa nuestras disensiones, subyugará a ambos y triunfará de nuestras imprudencias.

El 17 de Agosto, O'Higgins vuelve a rechazar los intentos de avenimiento de Carrera y en parte de ésta, su primera respuesta escrita, dice:

...no escucharé las proposiciones de "asesinos".



Las bayonetas podrán fin a las calamidades que sufre Chile.

Confiado en la superioridad de su aguerrido ejército, veterano de combates y batallas contra los realistas, O'Higgins avanzó resueltamente hacia el norte. Con respecto a este avance, el historiador español Rodríguez Ballesteros comenta que:

...los realistas también avanzan en pos de éste, ocupando los lugares que él va dejando.

El 24 de agosto, Carrera es nombrado por la Junta Comandante en Jefe de las pocas fuerzas regulares de Santiago, e inmediatamente se dedica en forma apresurada a organizar milicias ciudadanas que, aunque mal armadas y con muy deficiente entrenamiento, logran alcanzar la no despreciable suma de entre 1.800 y 2.000 hombres formando, en conjunto con la guarnición militar, una fuerza de alrededor de 2.400 hombres.

El 25 de agosto, O'Higgins acampa con su ejército en la hacienda de Mardones, al sur de Rancagua y el 26, sus avanzadas compuestas por 600 soldados y 5 cañones, atraviesan el río Maipo con muy leve oposición. Lo mismo sucede más tarde con el resto de sus tropas, hasta completar un número de 1.500 veteranos de las campañas del sur, incluyendo un escuadrón de Dragones.

Pasado el mediodía del 26 de agosto, ordena iniciar un nutrido fuego de artillería sobre las posiciones del Coronel Luis Carrera, quien se encontraba atrincherado en el lugar denominado *Las Tres Acequias*, al sur de San Bernardo; que incluía el (entonces en vías de construcción) canal de Ochagavía, que uniría posteriormente al río Maipo con el río Mapocho. El Coronel Carrera distribuyó sus fuerzas con la infantería en su ala derecha, la artillería al centro y la caballería cubriendo su flanco derecho. El cuartel general de don José Miguel Carrera y algunas milicias de reserva se instalaron a retaguardia, entre la caballería y la artillería de vanguardia.

O'Higgins ordenó a su caballería atacar los flancos de las defensas opositoras, mientras su infantería intentaba tomar los cañones y romper y rebasar el centro de la

línea enemiga, dividiéndola en dos y aislándolas una de la otra y así completar la destrucción de cada una.

Este ataque fue duramente rechazado por Luis Carrera, quien obligó a su contendor a retirarse en forma relativamente ordenada, pero, en ese instante, el General Carrera hizo avanzar sus reservas y, en persona, comandó una carga de su caballería, atacando el flanco derecho de su adversario, dispersándolo y convirtiendo la retirada en una total derrota. El combate había durado alrededor de cuatro horas.

Sobre el campo de batalla quedaron abandonados 36 muertos, 37 heridos, toda la artillería, equipajes, bagajes y municiones, junto con 400 prisioneros. Las fuerzas en retirada lograron salvarse gracias a la oscuridad que ya empezaba a caer tristemente sobre los campos de Chile, como un presagio de lo que depararía el futuro.

El día 30 del mismo aciago mes de agosto, Carrera envía un oficio a su contendor, cuyo texto se encuentra perdido, pero su tenor es mencionado en la respuesta que O'Higgins le remite el 31 del mismo mes. No hay duda que en dicho oficio, Carrera vuelve a insistir en un avenimiento patriótico frente al avance de la poderosa fuerza realista.

Comienza entonces una serie de negociaciones entre ambos próceres, que llegan a buen término a comienzos de septiembre con la unión de las fuerzas y a ambos fundidos en un estrecho abrazo. Juntos recorren del brazo las calles de Santiago, mostrando así la nueva alianza conseguida.

El General Carrera se mantiene como Comandante en Jefe patriota y el General O'Higgins es designado Jefe de la Primera División del ejército de Chile, poniéndose en forma noble y generosa a las órdenes de su oponente.

Bibliografía

- **Fernando Campos Harriet:** "José Miguel Carrera".
- **Agustín Toro Dávila:** "Síntesis Histórico Militar de Chile".
- **Ana Maria Ried U.:** "Ensayo Histórico".
- **Armando Moreno Martín:** Archivo José Miguel Carrera, Tomo XII.

NUESTRAS PRIMERAS FIESTAS PATRIAS DE SEPTIEMBRE

Criss Salazar N.

*“Nuestro primer Presidente
Don José Miguel Carrera
Nos dio una Constitución
Con Patria, Escudo y Bandera”*

(Letra de una cueca de la tradición folclórica)

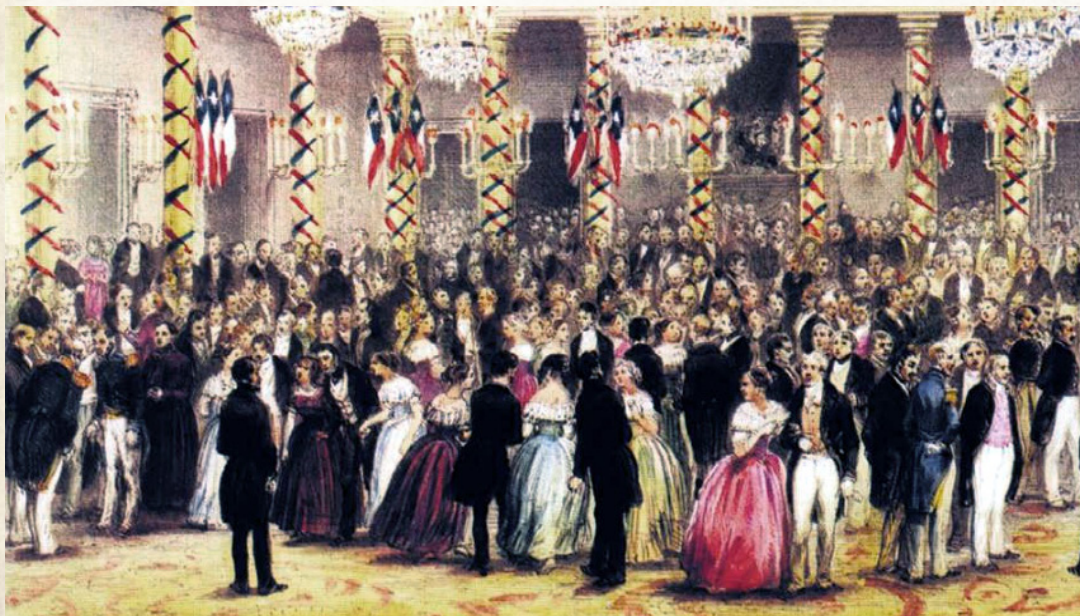
La aventura independentista chilena iniciada con la Primera Junta Nacional de Gobierno, el 18 de septiembre de 1810, si bien fue el paso inicial hacia la emancipación, debió enfrentar el grave desafío de conciliar tres posiciones sumamente diferentes en el seno de los bosques políticos de aquel momento: los realistas reaccionarios que seguían ciegamente fieles a la corona, los independentistas más moderados que sólo querían autonomía y los independentistas radicales partidarios de la ruptura con el poder español. Una sucinta pero muy didáctica explicación de este ajedrez puede ser encontrada en la obra “Evolución histórica de los partidos políticos chilenos”, de René León Echaíz.

Teniendo en cuenta lo anterior, entonces, era imposible

que, desde semejante amalgama, surgiera una propuesta enérgica y contundente tomando el desafío de iniciar el proceso de Independencia de Chile y el camino hacia el republicanismo. Estas diferencias se reflejaron en la controvertida distribución de los diputados del Congreso Nacional de 1811, además: reaccionarios y realistas con un 26,8%, patriotas moderados con un 51,2% y patriotas radicales con un 21,9%.

El cambio de dirección o, mejor dicho, la rectificación de la misma, había llegado con el golpe de timón que darán al proceso en curso don José Miguel Carrera y sus hermanos. La intervención no sólo terminarán poniéndolo en el mando supremo, como Presidente de la Junta Provisional el 16 de noviembre de ese año, sino que imprime un auténtico sello independentista y republicano al curso adoptado por la Patria Vieja.

La apuesta fue temeraria pero decisiva; de todo o nada, desatando una verdadera carrera contra el tiempo para instalar las bases de la nueva República en tiempos en los que aún había quienes pretendían insistir en el viejo modelo dejado por las monarquías.



Entre aquellos principales esfuerzos estuvo, además, la presentación de los símbolos de la floreciente patria, haciendo debutar nuestra primera bandera chilena (con sus franjas azul, blanco y amarillo) el

Ilustración de un baile de Fiestas Patrias en el Palacio de la Moneda, un 18 de septiembre (C. Gay, 1854).

4 de julio del año siguiente, en el banquete dado en la representación de los Estados Unidos en Chile con motivo del aniversario de su Independencia, además de un par de intentos del fray Camilo Henríquez por crear las primeras canciones nacionales o “himnos patrióticos”, aunque con resultados sin trascendencia, ese mismo año. Mejor suerte tuvo el “Himno de Yerbas Buenas”, de 1813, quizá lo más parecido a la primera canción nacional que se conoció en el período.

El primer Escudo Patrio de Chile, en tanto, estuvo en suspenso hasta que el propio general Carrera pudo concluir su diseño y confección, para presentarlo en el segundo aniversario de la Primera Junta, celebrado en septiembre de 1812... Era clarísimo el interés del prócer por dejar asociada esta fecha al inicio del señalado proceso que ahora capitaneaba, intención que aún se mantiene en el período que se ha perpetuado como el de nuestras Fiestas Patrias, a pesar de toda el agua que aún faltaba pasar por

debajo del puente de la historia.

El hermoso y flamante escudo iba a ser mostrado en acto oficial ante el público el mismísimo 18 de septiembre siguiente, en el aniversario exacto de aquel magno evento. Sin embargo, asuntos relacionados con los costos de los preparativos y quizá también las tensiones entre don José Miguel y su hermano Juan José, postergaron la presentación hasta el 30 de septiembre.

Llegado el día del encuentro, por fin, Carrera presentó solemnemente el emblema ante la nutrida concurrencia. También se realizó durante la mañana un Te Deum en la Catedral de Santiago. Un gran sarao con banquete se prologó hasta el amanecer del día siguiente, desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana, luego de los actos realizados durante la noche frente al palacio de la Casa de Moneda, en cuyas calles adyacentes el pueblo tenía su propio carnaval. Se recuerda que algunas damas



Ramadas chilenas en escena de una feria
(Peter Schidtmeyer, 1821)

asistieron vistiendo atuendos de inspiración indígena, como símbolo de rebeldía contra la corona española. Por su parte, el escritor realista Manuel A. Talavera, informaba que más de ocho mil velas de distintos tamaños fueron distribuidas en el frontis del palacio y en sus patios durante aquel gran encuentro. Los salones dispuestos para la recepción fueron tres: uno para el baile de invitados, otro con una gran mesa para pasteles, dulces y frutas; y un tercero para el banquete con “250 fuentes de viandas de todas clases”. Se sabe también de doña Javiera Carrera se presentó en la ocasión, con sus hermanos, luciendo una corona invertida como símbolo de la caída de la monarquía española en Chile y América. El mensaje no podía ser más desafiante para el trono hispánico, y está actualmente en el prendedor de su busto colocado junto al acceso norte del paseo de cerro Santa Lucía.

En términos generales, el escudo patrio carrerino estrenado en la ocasión, tenía por centro el símbolo de la Columna de la Libertad rematada por un globo terráqueo; encima, una alabarda y una rama de palma cruzadas, sobre las que la misteriosa estrella solitaria por primera vez iluminaba los destinos de Chile. A ambos lados de la columna u obelisco, figuras tenantes: una pareja indígena, hombre y mujer, se cree que apoyados sobre una forja u ornamento floral. En lo más alto, la divisa “*Post tenebras lux*” (“Después de la oscuridad, la luz”) y en lo más bajo, “*Aut concilio aut ense*” (“Por consejo o por la espada”), ambos conceptos de contraposición que se heredarán hasta nuestro actual lema “Por la razón o la fuerza”, como juramento perenne de Independencia. Interesantes interpretaciones del mismo emblema pueden encontrarse en fuentes como “La estrella de Chile”, de Gastón Soublette.

Aquella fue, entonces, la más grande celebración patriótica que haya conocido la Patria Vieja, además de uno de los encuentros más importantes relacionados con la formación de la identidad de un Chile independiente con pretensiones republicanas en plena cimentación. Y la novedad no era sólo la fecha elegida para el debut, sino también el lugar: el Palacio de la Moneda, futura residencia de los presidentes de Chile, por lo que aquella gran celebración anticipó mucho de la tradición republicana que permanece en plena vigencia.

Por otro lado, si bien la fecha de la Primera Junta había sido celebrada ya durante el año anterior, en septiembre de 1811, esto sucedía en el marco de su primer aniversario de la misma, mientras que la fiesta organizada por Carrera en 1812 ya manifestaba la expectativa de sentarla en el calendario como la fecha de celebración patriótica y, muy probablemente, de darle continuidad en el tiempo. Empero, los peligrosos retrocesos e inmovilidades experimentados durante el año siguiente por el bando patriota, acabaron lesionando la posibilidad de dar continuidad a esta clase de encuentros o a cualquiera otro, quedando sólo como antecedentes de nuestras actuales celebraciones patrias de septiembre.

Tiempo después de la herida de muerte recibida por la Patria Vieja en la plaza de Rancagua, en 1814, nuevas fechas se sumarían al calendario patrio con la segunda etapa de de la Guerra de Independencia llevada adelante en el país: el 12 de febrero para Chacabuco (1817) y el 5 de abril para Maipú (1818). Los aniversarios se celebraban con todo: fondas, ramadas, bailes, música, comida, desfiles, artistas, pirotecnia... Tres fiestas patrióticas al año llegó a tener la sociedad chilena, así, con las del 18 de septiembre incluidas en la alegre nómina.

Sin embargo, sucedió que, mientras la primera fecha de febrero fue quedando descartada por los problemas que ocasionaba al coincidir con los períodos religiosos del Miércoles de Ceniza, siendo reducida a sólo un acto oficial a partir de 1837, la segunda de abril entraba en conflictos propios con la Semana Santa y nunca pudo equiparar en magnitud y convocatoria a las fiestas de septiembre, acabando por ser omitida con el tiempo y reducida a una efeméride de valor histórico y militar, conservando muy poco del carácter de jolgorio popular que antes tuvo.

En consecuencia, las Fiestas Patrias de septiembre de cada año, tal como lo hubiese querido don José Miguel Carrera, quedarían instituidas como nuestras principales celebraciones asociadas a la Independencia de Chile: a su génesis más bien, poniendo el énfasis en esa romántica y difícil primera avalancha de esfuerzos emancipadores, en los que el prócer pasó a ser el más importante y decisivo de los protagonistas.